

TODOS LOS DEMONIOS
DEL CIELO

Miriam Mosquera

TODOS
LOS DEMONIOS
DEL CIELO

FAERIS

Diseño de cubierta: Mayhem Cover Creations

© Miriam Mosquera, 2024. Autora representada por IMC Agencia Literaria
© de esta edición: Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2024
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

D.R. y © MMXXIV G.E.P., S.A. de C.V.
Renacimiento 180, Col. San Juan Tlihuaca,
Alcaldía Azcapotzalco,
02400, Ciudad de México
Miembro de la Cámara Nacional
de la Industria Editorial Mexicana
Registro núm. 43

ISBN: 978-607-574-663-0 (México)
ISBN: 978-84-19988-36-2 (España)

Primera edición, octubre de 2024

*Esta obra no puede ser reproducida, total o parcialmente,
sin la autorización escrita del editor.*

Descubre aquí el reino de Faeris:



Impreso en México — *Printed in Mexico*



En Hachette Livre México usamos
materias primas de procedencia
100% sustentable

*Para Lidia.
Por no dejar que me rinda*

Trigger warnings

Sangre, lesiones o mutilaciones; violencia sexual;
violencia o torturas; muerte, asesinato.

*Los señores del Infierno son por todos conocidos,
no repitas sus nombres si quieres seguir vivo.*

Shin es el rey de las tormentas, que tenga cuidado quien mienta.

Resh está hecho de fuego, no hay más que llamas en su cuerpo.

*¡Cuidado con Nuun, que con tres ojos puede verte!
¡Cuidado con Nuun, que puede poseerte!*

Vav puede provocar dolor, romperte un hueso o detener tu corazón.

*Tzadi es como un hechicero, y con su magia hace realidad
tus más profundos miedos.*

Yud no tiene poder, dicen que se lo quitó Luzbel.

PRÓLOGO

Cielo

El silencio que dejó la desaparición de los ángeles era una herida abierta en el Cielo. Ya no se escuchaba el sonido que provocaba el roce de las plumas de sus alas, ni la música de sus trompetas, ni aquella risa hecha de campanas y cascabeles capaz de sanar cualquier herida. Tampoco había sueños, y todo lo que una vez había brillado con fuerza fue de repente opacado por las sombras.

El Cielo no era más que un bastión abandonado tras una guerra cruenta, un lugar inhóspito y solitario que lloraba piedras preciosas de tristeza, un paraíso perdido para los demonios y una esperanza asesinada para los humanos. Pero, antes de la Caída, el Cielo lo había sido todo.

Las sagradas escrituras decían que en él había reinado la luz, una luz intensa y cegadora capaz de derretir un corazón congelado; tan poderosa que las sombras no tenían valor suficiente para enfrentarse a ella. Sus bosques estaban hechos de jaspe, zafiro, ágata, esmeralda, diamante y amatista; los edificios de la Ciudad Celestial, del caelestum más puro. El Cielo era hermoso y perfecto, pero nada de lo que allí había podía competir en belleza con sus habitantes, las criaturas que poblaban las calles de aquel vergel

y cortaban el aire con su vuelo, la obra favorita del Creador: los ángeles.

Desde los serafines de miles de ojos hasta los humildes mal'akh, todos ellos llenaban el Paraíso con su deslumbrante blancura y su flameante gloria, convirtiéndolo en un hogar en el que la paz era patria y la concordia, bandera. Eran los ángeles, bendecidos con poderosas gracias, los encargados de hacer realidad los sueños del Creador. Eran ellos, organizados en una marcada jerarquía, los que disfrutaban de los placeres de un Paraíso que había sido creado a su medida.

Aquel amanecer, mucho antes de que el manto de la guerra lo oscureciera todo, tres de esos ángeles avanzaban a través de uno de los bosques que rodeaban la Ciudad Celestial. Caminaban sigilosos entre árboles de frutos dorados, las alas níveas recogidas a la espalda. Vestían la túnica blanca de los mal'akh, los ángeles de rango más bajo; la cadena de oro que decoraba sus tobillos también los señalaba como tal. Lo único que se escuchaba era el agua del arroyo que cantaba a su lado, el viento meciendo las copas de los árboles. Las flores crecían a su alrededor en todos los tamaños y colores, a excepción del negro, ya que este representaba una oscuridad que no se atrevía a brotar en un lugar en el que la claridad manaba a borbotones. A lo lejos, los edificios retorcidos de caelestium reflejaban la salida del sol como si llevaran puestas armaduras de oro, destellando entre unas nubes que hacían de murallas para la Ciudad Celestial.

—Cuidado —susurró el que iba en cabeza, de cabello oscuro y ojos castaños, deteniendo de golpe sus pies descalzos—. ¿Escucháis eso?

Aunque los otros dos se quedaron quietos, tensos y a la espera, pasaron varios segundos sin que ningún sonido les sorprendiera. Uno de ellos, pálido y de ojos rasgados, suspiró con cansancio.

—Yud —musitó—. Estás perdiendo la cabeza.

—¡Mira quién fue a hablar! —le respondió el otro. De piel negra y hombros anchos, llevaba el pelo peinado en pequeñas

trenzas—. Hace un rato nos has hecho desviarnos porque estabas seguro de que había una trampa entre los árboles.

—Es que había una trampa.

—No, no la había.

—Sí que la había, y si no hemos caído en ella, ha sido gracias a mí.

—Eso es absurdo.

—¿Sabes qué es absurdo? Esta maldita prueba. No quiero usar mi poder contra vosotros, ni siquiera a cambio de ascender.

—¿Cuestionas acaso las decisiones de los arcángeles?

—Resh, Shin —los cortó Yud, convirtiendo sus nombres en dardos—. Callaos.

Los otros dos ángeles intercambiaron una mirada cómplice, pero Yud entornó los ojos y los ignoró por completo.

Aunque todos estaban nerviosos, ninguno de sus compañeros cargaba con tanta presión como él. Resh y Shin sabían que dejarían de ser mal'akh, que los llevarían a entrenar con los arcángeles; que la última prueba de la Ascensión era un mero trámite. Yud, por el contrario, podía seguir siendo un sirviente para toda la eternidad.

—Yud —dijo Shin—. Aunque no superes la prueba de hoy, has conseguido otros méritos.

—De hecho —añadió Resh— fuiste el primero en la prueba de velocidad. ¡Ninguno de nosotros vuela tan rápido como tú! Si hoy quedas el último...

—Si hoy quedo el último —le interrumpió Yud, girándose hacia él—, no tendré los méritos suficientes para superar la Ascensión, por lo que tendré que seguir siendo un mal'akh y no podré ir a la Tierra. Los arcángeles fueron muy claros cuando anunciaron que esta era la prueba más importante de todas. No hay nada que hacer.

Justo en ese momento, lo escucharon. El crujido de una rama. Alguien acechándolos. Solo tuvieron un instante para reaccionar antes de que tres ángeles de túnicas blancas cayeran sobre

ellos desde las copas de un árbol cercano. Llevaban las alas extendidas y la piel brillando en oro.

—¡Atacad! —gritó Yud—. ¡Rápido!

Los tatuajes de Resh y Shin estallaron, convirtiendo sus pieles en hermosas joyas grabadas. El bosque se transformó en un improvisado campo de batalla. Resh comenzó a lanzarle bolas de fuego a Nuun, que aparecía y desaparecía a la misma velocidad de la luz. Shin, a su vez, intentaba alcanzar con sus relámpagos a un escurridizo Vav.

Yud se quedó tras ellos, observándolos con una mezcla de orgullo y envidia. Eran sus hermanos, y eran poderosos. Todos merecían que los arcángeles los ascendieran, que el Creador los dejara participar en esa misión en la que tanto se estaba esforzando. Todos merecían dejar de vivir sometidos.

Se dio la vuelta en un rápido movimiento, evitando así que una de las bolas de fuego de Resh le quemara las alas, y sus ojos se encontraron con una mirada de hielo que conocía muy bien: la de Tzadi.

—Hola, Yud —le dijo esbozando una fría sonrisa.

Yud guardó silencio y lo observó durante unos segundos. Tzadi tenía las alas abiertas, el blanco salpicado con algunas plumas doradas, el pelo negro. Su piel estaba cubierta de tatuajes de oro que gritaban que su poder estaba encendido, que podía atacar en cualquier momento. Solo su rostro permanecía intacto.

—Tzadi, no —musitó Yud. Su hermano le había contado cientos de veces lo que estaba dispuesto a hacer cuando se enfrentaran a la última prueba de la Ascensión, y eso le aterraba—. Por favor.

Los mal'akh continuaban luchando a su espalda, esforzándose por demostrar su valía con el bosque como testigo. Yud escuchaba sus gruñidos, sus ataques, sus gritos de emoción. Escuchaba todo aquello que los arcángeles buscaban y que él jamás sería capaz de darles.

—Tengo que hacerlo —replicó Tzadi.

Yud apretó los puños cuando los tatuajes del mal'akh brillaron con más fuerza y, en la palma de su mano, apareció una pequeña esfera que ardía como una estrella. Sabía que Tzadi era capaz de crear cosas extraordinarias, de moldear el universo a su antojo, y no podía dejar que hiciera ninguna tontería. Tenía un gran futuro por delante, no podía permitir que le pasara lo mismo que a él.

Cerró los ojos un segundo e hizo un esfuerzo por llamar a su propio poder, suplicándole en silencio que trajera el oro a su piel. Sin embargo, no ocurrió nada. Hacía años que en su interior solo bullían la vergüenza y la humillación de sentirse diferente, defectuoso. Su gracia se había apagado tras aquello que le había pasado, tras lo que le habían hecho, y no había vuelto a ser el mismo.

—Si no lo hago —le dijo Tzadi, obligándole a abrir los ojos de nuevo—, no dejarás de ser un mal'akh y no podrás venir con nosotros a la Tierra. No puedo permitir que te quedes atrás.

—Y yo no puedo permitir que te arriesgues por mí. Los arcángeles están supervisando la prueba. Si descubren que...

—Yud —insistió Tzadi—. Yo ya tengo asegurado el ascenso, tengo más méritos que ningún otro mal'akh. ¡Soy el más poderoso de todos! Tú eres el que corre peligro hoy.

Yud abrió la boca para replicar, pero un grito a su espalda le sobresaltó. Giró sobre sí mismo justo en el momento en el que Nuun aparecía frente a Resh y lo apuñalaba en el abdomen con una daga de diamante. La pureza de la túnica de Resh se tiñó enseguida de rojo; sus ojos, de rabia, dolor y sorpresa.

—¡No es justo! —gritó, llevándose las manos a la herida—. ¿De dónde has sacado esa daga?

Yud observó como se apagaban los tatuajes de su compañero mientras pensaba en lo que significaba la victoria de Nuun. El caelestum que los ángeles tenían en la sangre los hacía inmortales, así que las heridas que se hicieran en aquella prueba se curarían con rapidez, y solo afectarían a los méritos que entregaran. Como serían pocos, Resh bajaría del segundo puesto en la Ascensión, lo que

le daría una tarea de menor importancia en la misión a la Tierra. Sin embargo, seguiría estando dentro. Solo aquellos mal'akh que no tuvieran los méritos suficientes, como él, se quedarían fuera.

Cerró los puños con fuerza y, al volver a darse la vuelta, Tzadi movió el brazo. Cuando Yud se dio cuenta de lo que estaba haciendo, ya era demasiado tarde. La estrella que flotaba sobre la palma de su mano dio un par de giros y voló para estrellarse contra la pierna del propio Tzadi.

—¡No! —exclamó Yud al ver el fogonazo de luz.

—¡Lo sabía! —le gritó Tzadi cuando el brillo de la estrella se extinguió. La sangre le manchaba la piel y el dolor le aprisionaba la voz—. ¡Sabía que ocultabas algo!

Yud se apresuró a acercarse a él. Un nudo hecho de enfado y confusión le aprisionaba la garganta. La piel de su hermano y amigo, quemada y en carne viva, se había convertido en una desagradable mezcla de rojo y negro.

«Se ha atacado a sí mismo —pensó con el estómago revuelto—. El muy idiota se ha atacado a sí mismo».

—¿Qué has hecho? —le preguntó en un susurro al ver que los tatuajes le desaparecían de la piel—. ¿Te has vuelto loco?

—En realidad siempre lo he estado —replicó Tzadi, bajando la vista para inspeccionarse la herida—. Y cierra la boca, Yud, que das mala suerte.

En ese momento, Shin lanzó contra Vav un relámpago que por fin consiguió tirarlo al suelo y hacerle rodar sobre la hierba como si sus alas hubieran quedado inutilizadas.

—¡Gané! —gritó Shin, alzando las manos en un gesto victorioso—. ¡Por fin!

El sonido de unas trompetas rompió el silencio del bosque, anunciando el final de la prueba. Los seis mal'akh se miraron entre ellos. Tres habían ganado, tres habían perdido. Y, para sorpresa de todos, Yud estaba entre los primeros.

«Los arcángeles van a descubrirnos —pensó—. Los arcángeles van a castigarnos».

Y, como si su miedo los hubiera invocado, tres pares de alas blancas aparecieron en el cielo para cubrirlo de perfección. Poco a poco, tres figuras fueron bajando, en círculos, dibujando un bello e hipnótico baile. Cuanto más se acercaban, más se aceleraban los latidos del corazón de Yud.

«No —suplicó en silencio—. Por favor».

Cuando los recién llegados aterrizaron con sus túnicas de oro, los mal'akh agacharon la cabeza para rendirles un respetuoso homenaje. Yud fue el único que se quedó quieto, rígido, un fuego intenso quemándole las entrañas. No podía apartar la vista del más alto de los señores del Cielo, el más hermoso, el que le había destrozado.

Miguel.

—Enhorabuena, mis humildes mal'akh —dijo el arcángel. Tenía los párpados teñidos de oro, a juego con el brillo que le acariciaba la palidez de los pómulos y las cortinas de pelo ondulado que le enmarcaban el rostro—. Los designios del Creador son insondables y sus caminos, inescrutables. Pese a ello, estoy convencido de que hoy se siente muy orgulloso de vosotros.

Miguel recogió las alas y comenzó a caminar con lentitud, haciendo un recuento silencioso de los mal'akh heridos. Yud apretó la mandíbula con rabia. No quería tenerlo cerca. No quería que volviera a hacerle daño.

—Impresionante —comentó el arcángel, observando con admiración la daga de diamante que atravesaba el abdomen de Resh—. Gabriel, Rafael, venid a ver esto.

Los otros dos arcángeles, que hasta ese momento habían permanecido en segundo plano, se acercaron. Gabriel, que se situó a su derecha, tenía los labios pintados de oro, la piel negra y unos ojos almendrados que parecían hechos de ámbar. Rafael, a su izquierda, era todo cobre y canela, fuego y carbón, furia y sospecha.

—¿La has invocado tú? —le preguntó Rafael a Nuun señalando la daga de diamante.

La mandíbula cuadrada de Nuun se crispó, como si no quisiera responder a esa pregunta, pero terminó cediendo. En el verde oscuro de sus ojos había una sincera y clara decepción; la resignación de quien sabe que está obligado a decir la verdad.

—No —respondió—. Fue un regalo de Tzadiel.

Nuun señaló a Tzadi y los tres arcángeles, muy interesados, se giraron hacia él. Al ver que estaba herido, fruncieron el ceño y se acercaron. Miguel ni siquiera se dignó a mirar a Yud, de pie a su lado, como si no quisiera que se sintiera merecedor de su trato.

—¿Quién te ha ganado, Tzadiel? —le preguntó el arcángel—. Has superado todas las pruebas con destreza y eres el primero en méritos. No esperaba que fueras a fallar en esta.

Tzadi se quedó callado unos segundos, algo cohibido por la cercanía de los señores del Cielo, pero después desvió la mirada hacia Yud. El mundo entero tembló bajo los pies de este cuando sus superiores repararon por fin en su presencia. No se sentía capaz de defender la mentira delante de Miguel.

—Yudiel —dijo este, paladeando su nombre—. Qué sorpresa. Al contrario que Tzadiel, no has destacado en ninguna de las pruebas de la Ascensión y, por tanto, has obtenido muy pocos méritos. Estabas fuera de la misión.

—En la prueba de velocidad quedó el primero —apuntó Vav a su espalda. Nadie le hizo caso.

—Esto cambia bastante las cosas —dijo Gabriel, observando a Yud con interés—. Si no me equivoco, los méritos obtenidos por ganar a Tzadiel en esta prueba te permitirían ascender junto a tus hermanos.

—¿Has estado reservando tu poder para la última prueba, Yudiel? —quiso saber Rafael—. ¿O nos estás ocultando algo?

Yud notaba la boca seca, los latidos de su corazón desbocados. Quería echar a volar, batir las alas e irse lejos, muy lejos de allí. Quería gritar por culpa del dolor de los recuerdos. ¿Sabría Miguel lo que sus acciones le habían provocado? ¿Lo sospecharía siquiera?

—Yo...

—La verdad es que ha sido increíble —le interrumpió Tzadi, dolorido—. Me había confiado. Sabía que ganaría la batalla y, de repente, ¡pum! Un fogonazo de luz quemándome la pierna.

—Cállate —le ordenó Rafael. El recelo asomaba por sus ojos oscuros.

Yud sentía la garganta bloqueada. Su lengua se negaba a reaccionar. Lo único en lo que podía pensar era en la palabra «mentira», que se repetía en su mente una y otra vez.

—¿Podrías hacerlo de nuevo? —le preguntó Miguel. Aunque el verde de sus ojos era suave, Yud lo sintió afilado y ardiente—. El ataque a Tzadiel. ¿Podrías repetirlo frente a nosotros?

Todos sus compañeros se quedaron quietos, en silencio, sin atreverse siquiera a respirar. Sabían lo que Tzadi había hecho, y también sabían que, si los arcángeles lo descubrían, habría consecuencias.

—La verdad es que...

—No sé si sabéis —le cortó Rafael— que la sangre de las heridas que se hace uno mismo no huele igual que la sangre de las que nos hacen otros.

A Tzadi se le escapó una risa burlona que murió en el tenso silencio del bosque. Yud, por el contrario, se puso muy tenso. Un invierno invisible le había congelado de repente el cuerpo y las alas.

«Lo saben —pensó—. Claro que lo saben».

—Yudiel —insistió Miguel—. Si no usas tu poder de nuevo y nos muestras lo que eres capaz de hacer, todos quedaréis expulsados de la Ascensión y condenados a ser mal'akhs para siempre.

Yud escuchó las quejas de sus compañeros, los bufidos de indignación. Sabía lo que Miguel estaba haciendo, y eso le hizo sentir más pequeño y miserable que nunca. Por mucho que quisiera, por mucho que deseara usar su poder, no podía hacerlo. Miguel se lo había arrebatado. «Quiero escucharte gritar» le había dicho una vez. Y esas tres palabras aún se repetían en sus pesadillas.

—¡Eso no es justo! —se quejó Nuun, que ya saboreaba el segundo puesto.

—¡La prueba ya ha terminado!

—No podemos...

—¡Silencio! —les cortó Rafael, mirándolos a todos con desprecio—. ¿Quiénes os habéis creído que sois?

Yud cerró los puños, intentando controlar así los nervios que agitaban sus plumas. Como mal'akhs, estaban obligados a cumplir las órdenes de los señores del Cielo. Daba igual lo que estos pidieran, las normas del Cielo eran muy claras: la voluntad de los señores del Cielo eran órdenes para ellos.

Por eso, porque no había escapatoria posible, sabía lo que tenía que hacer.

Yud se tragó el miedo y el orgullo y se puso de rodillas. Estaba dispuesto a confesar sus pecados, a pedir que solo le castigaran a él. Estaba dispuesto a dejar que Miguel, que disfrutaría viéndolo humillado, volviera a hacerle daño.

«Por mis hermanos. Por mi familia».

Sin embargo, cuando despegó los labios para hablar, un nuevo ángel aterrizó en el claro. Lo hizo con una elegancia innata, como si el viento fuera consciente de que tenía el privilegio de transportarlo. Brillaba con tanta fuerza que todos los presentes tuvieron que entornar los ojos para poder soportar su resplandor. Iba vestido con una túnica dorada, el rostro pintado con oro y los tobillos libres, así que solo podía ser un arcángel. El único que faltaba. El más perfecto y poderoso de todos.

—Luzbel —musitó Miguel—. ¿Qué haces aquí?

Luzbel avanzó hasta ellos y Yud se quedó sin respiración. Siempre lo había visto de lejos, pues solía estar junto al Creador, y se sorprendió al descubrir que tenerlo cerca era como estar en presencia del mismísimo sol. Tenía el pelo rizado, de un brillante castaño rojizo, y los ojos de un azul tan claro que parecían dos pedazos de cielo. Los tatuajes brillaban con intensidad incluso en su rostro, bendecidos por solo acariciarlo.

Yud nunca había visto un ángel tan hermoso como él.

Yud nunca había visto nada, en todo el Universo, tan hermoso como él.

—Os dije desde el primer momento que no estaba de acuerdo con someter a los mal'akhs a esta prueba —los reprendió el arcángel, dirigiéndose especialmente a Miguel—. ¿Por qué os empeñasteis en enfrentarlos a unos contra otros? ¿En qué beneficia eso a nuestra sagrada misión?

—Tenían que demostrar la valía de sus gracias —explicó Gabriel—. El Creador especificó que solo los mejores podrían acompañarlo a la Tierra.

—Los mal'akhs son mentirosos y traicioneros —añadió Rafael—. Ni siquiera con disciplina son capaces de seguir el camino recto del Creador. No se merecen ascender, no sin haberlos enderezado antes con mano dura.

Cuando Luzbel dirigió su mirada hacia Yud, este sintió un extraño vértigo. Los ojos del arcángel eran cálidos, como un abrazo, y no pudo evitar pensar en lo diferentes que eran de los de Miguel. Le habría gustado pasar la vida entera contemplándolos, perdiéndose en sus secretos.

«Yudiel» le dijo Luzbel, extendiendo una mano hacia él. Yud tardó un par de segundos en darse cuenta de que la voz había sonado solo dentro de su cabeza, de que las palabras del arcángel habían sido un arrullo dentro de su mente. «Toma mi mano».

Aunque todo en Luzbel le hacía querer confiar, Yud dudó. No estaba bien visto que los mal'akh tocaran a los arcángeles. Miguel, además, lo estaba mirando fijamente.

Sin embargo, ¿cómo podía negarse? Luzbel tenía la piel más suave que había visto en toda su vida, una piel perfecta hecha de nácar y estrellas.

Tragó saliva y, con el corazón desbocado, le dio la mano.

«El amor —le susurró Luzbel—. El amor es la luz más poderosa de todas».

La voz del arcángel inundó su cuerpo, llenándole las venas y calentando hasta los rincones más congelados de su alma. Poco a poco, el poder dorado de Luzbel tejió imágenes en su cabeza. Vav sonriéndole a las flores, Tzadi sacrificándose por él, Resh bromeando para hacer que se relajara. Sin necesidad de decir una sola palabra, Luzbel le recordó lo poderoso que era el amor que sentía por sus hermanos, por su familia; y lo obligó a explorar en su interior. Yud pudo sentir unos dedos invisibles buceando en su alma y, contra todo pronóstico, los dejó hacer. Era una sensación agradable, como un si un ser querido le estuviera despertando a besos, curando todo su dolor.

Y, cuando más relajado estaba, lo sintió.

Su gracia.

No fue un estallido de poder, una explosión ardiente y dolorosa, sino un ligero cosquilleo, la caricia de un amante. Los tatuajes dorados comenzaron a abrirse paso en la piel de Yud, hermosos e intrincados, y él contuvo el aliento. Al reconocerse de nuevo tras años y años perdido, una sonrisa le iluminó el rostro y casi estuvo a punto de echarse a llorar.

No estaba roto.

No le habían destruido del todo.

—¡No hay mentira en su alma! —exclamó Luzbel, ayudándolo a ponerse en pie. Sus manos permanecieron unidas más tiempo del estrictamente necesario, aunque mucho menos del que a Yud le habría gustado—. Este mal'akh tiene un corazón puro, noble y lleno de amor. Tanto él como los demás ascenderán y participarán en la misión a la Tierra. Es una orden.

Los mal'akh gritaron de júbilo, entusiasmados, mientras Miguel, Gabriel y Rafael apretaban los labios. Yud, sin embargo, no pudo apartar la mirada de Luzbel. Al separarse de él, su gracia se había apagado, pero aún podía sentirla en lo más profundo del pecho. De alguna forma, y aunque sabía que aún no se había recuperado del todo, volvía a tener esperanza.

—El Creador tiene grandes planes para ti —le susurró Luzbel, guiñándole un ojo—. Estoy deseando verte brillar.

Yud, aún hipnotizado, se olvidó de Miguel, del dolor, de la Ascensión y de la misión a la Tierra. Su poder seguía ahí, no se lo habían arrebatado. Un simple roce lo había despertado. Además, también había desencadenado unos pensamientos que, para un mal'akh como él, eran un sacrilegio: ¿qué pasaría si volvía a tocar las manos de Luzbel? ¿Qué le provocarían sus caricias? ¿Qué sentiría al besar sus labios?

—Podéis ir a descansar —les indicó Luzbel. Su mera presencia parecía iluminar el bosque, el Cielo entero—. Muy pronto recibiréis noticias sobre la sagrada misión en la que, juntos, estamos a punto de embarcarnos.

Tzadi se abalanzó sobre Yud, rodeándolo con los brazos en un gesto de cariño y felicidad, aunque él seguía perdido en los bellos rasgos de Luzbel. Cuando sus ojos se encontraron de nuevo, casi sintió que el mundo se incendiaba en llamas doradas. ¿Cómo podría volver a hablar con él? ¿Cómo podría conseguir tocarlo de nuevo?

Las respuestas a esas preguntas poco importaban, porque tras la misión para la que los ángeles se estaban preparando, el orden del universo cambiaría para siempre. Ellos no lo sabían, pero el Creador había tomado la decisión de darle la vida a los humanos.

Y, con ellos, llegaría la Oscuridad.

1

Granada, veinte años después de la Caída del Cielo

Carmen

El miedo no era un sentimiento al que estuviera acostumbrada. El miedo era una sensación incómoda que comenzaba en mi estómago, como si mis entrañas se hubieran convertido en cientos de gusanos hambrientos, y luego se extendía por mi cuerpo hasta incapacitarme. El miedo me hacía pensar en todo aquello por lo que luchaba, en todo lo que podía perder: mis primas, Joaquín, Dancaire. Aleph.

El miedo no era un sentimiento al que estuviera acostumbrada, pero cuando llegué al final del túnel y vi la trampilla de madera que daba acceso a la Alhambra, lo sentí.

—¿Estás preparado? —le susurré a Pan.

A modo de respuesta, el perro me miró fijamente. En sus ojos ambarinos se reflejaba el brillo dorado de mis tatuajes, y eso me hizo pensar en Aleph. ¿Estaría ya junto a Luzbel? ¿Se habría enfadado el rey de los demonios al ver que uno de sus soldados más fieles lo había traicionado? ¿Sería verdad que pensaba volver a reunirse conmigo, que me buscaría?

«En todas las vidas y en todos los mundos».

Alcé la mano izquierda y observé el anillo de plata que decoraba mi dedo anular, el anillo que él me había regalado. Aquella pequeña joya simbolizaba tantos sentimientos, tantas promesas, que un calor intenso me invadió el pecho. En el fajín, además, tenía guardado el clavel que me había entregado cuando nos despedimos. Lo había creado yo, en el callejón del Agua, la primera vez que nos enfrentamos; y él lo había atesorado desde entonces. Estaba seco, sin color, pero pensaba protegerlo con mi vida si hacía falta.

«Llévatelo —me había dicho Aleph al entregármelo—. Te dará suerte».

«¿Y tú? ¿No necesitas suerte?».

«Más que tú. Pero quiero irme con la esperanza de que, más pronto que tarde, volverás a traérmela».

De repente, ya no me sentía tan sola en aquella oscuridad desconocida. Por mucho que estuviéramos separados, por mucho que el destino se empeñara en ponernos trabas, éramos un equipo. Y lo seríamos siempre.

—Bien —le dije a Pan—. Pues es la hora.

Apreté con fuerza la empuñadura de Apocalipsis, la espada del arcángel Miguel, y su caelestum me transmitió una cálida descarga que hizo vibrar mi cuerpo entero. Por primera vez notaba el cosquilleo de la luz dorada de mis tatuajes subiéndome por el cuello, rozándome la comisura de los labios, arremolinándose en mis mejillas como enérgicos sonrojos. Aleph me había contado que solo los ángeles más poderosos habían tenido tatuajes en el rostro, y ahora yo era como ellos. Su luz me convertía en una peligrosa arma de oro, y me sentía como tal.

Cogí aire y, con decisión, subí las escaleras que llevaban hasta la trampilla. Después la abrí. El corazón me latía a toda velocidad porque se anticipaba al peligro. Sin embargo, lo sentí decepcionarse cuando descubrió que, al otro lado, solo había una pequeña habitación que parecía abandonada. Una estancia de altos techos de madera y paredes con yeserías.

—No hay nadie.

Me quedé quieta unos segundos, alerta, y salí del túnel. Pan me siguió. Sabía que la calma siempre vaticinaba tormenta, y la sospecha se me agarró con fuerza al estómago. La Alhambra no podía estar vacía.

—Vamos fuera —le indiqué a Pan—. Esto no me gusta.

Aunque los dos estábamos tensos, preparados para la acción, en el jardín de árboles negros que rodeaba el edificio también nos encontramos completamente solos. No parecía haber enemigos esperándome, ningún sanguinario demonio vigilando aquella entrada secreta. ¿Por qué no había guardias? ¿Acaso el plan de Aleph había surtido efecto y su vuelta junto a Luzbel había desviado por completo la atención del rey de los demonios? Ni siquiera se escuchaba el canto mañanero de los pájaros, como si ni siquiera ellos se atrevieran a acercarse a aquella fortaleza maldita.

Levanté la espada de Miguel, tan sedienta de sangre infernal como yo, y comencé a caminar. Las iünas cubrían la fachada del edificio abandonado del que acabábamos de salir y se enroscaban con malicia en los troncos de los árboles. Cuando el brillo de mi piel iluminaba sus pétalos negros, se debilitaban al instante. Su oscuridad no era contrincante para mi luz.

Crucé el jardín dando pequeños pasos hasta llegar a una alberca. Estaba situada frente a otro edificio abandonado, el cual tenía cinco grandes arcos columnados que le servían de entrada. Sin embargo, no fue la construcción lo que llamó mi atención, sino lo que contenía la pileta.

—Es sangre —le susurré a Pan, que la olisqueó en la distancia—. Es sangre de verdad.

El líquido rojo brillaba como si estuviera hecho de rubíes derretidos; casi parecía estar suplicándome que lo tocara, que hundiera las manos en él. Con el estómago revuelto, me agaché junto al borde. ¿Era real lo que estaban viendo mis ojos o se trataba de una de las ilusiones de Tzadi? No podía fiarme de nada. En aquel palacio maldito no podía confiar ni en mi propia sombra.

Entorné los ojos y alcé la cabeza para buscar al Arlequín, preparada para enfrentarme a él, pero una voz a mi espalda me hizo olvidarlo de golpe.

—Carmen.

Si el tiempo hubiera podido detener su vertiginoso avance, lo habría hecho en ese preciso instante. Aquella forma de pronunciar mi nombre me llevó de vuelta a la infancia, a un lugar seguro, a mi familia. Las piernas me temblaron y estuve a punto de perder el equilibrio. Pan, que también lo había escuchado, comenzó a mover el rabo con entusiasmo.

—¿Dancaire? —susurré, dándome la vuelta.

Mi mentor estaba de pie, justo detrás de mí, observándome con un cariño tan cálido que lo sentí como un abrazo. Aunque su piel emitía un leve destello dorado, sonreí al reconocer los ojos marrones, la nariz ganchuda, la bandana de tela que siempre le apartaba el pelo revuelto de la cara.

—Carmen —me repitió él, esta vez orgulloso, mientras observaba los tatuajes de mi rostro—. Lo has conseguido. Has cumplido la misión que te encomendé. Estás en la Alhambra.

A pesar de que mi mentor y yo nunca habíamos sabido demostrarnos afecto, quise ponerme en pie y abrazarlo, pedirle perdón por todo el dolor que le había causado, mostrarle que había sido capaz de derribar las barreras de mi corazón. Quise decirle que sí, que lo había conseguido, que pensaba salvarlos a todos y destruir el reinado de Luzbel, pero no lo hice.

¿Cómo era posible que Dancaire estuviera allí? No podía haber escapado del Alcázar y, mucho menos, colarse en la Alhambra él solo. Tenía que ser falso, una ilusión. No era la primera vez que Tzadi me engañaba, y no estaba dispuesta a caer en su trampa. Otra vez no.

Apreté con fuerza la empuñadura de la espada, preparada para atacar, pero Pan fue más rápido que yo. El perro saltó sobre Dancaire, desesperado por conseguir su atención. Al intentar apoyar las patas delanteras en su pecho, estas lo atravesaron. Yo

fruncí el ceño. ¿Desde cuándo las ilusiones de Tzadi eran incorpóreas? ¿Y por qué su piel emitía aquel suave resplandor? Más que una de las creaciones del Arlequín, aquel inesperado Dancaire parecía una alucinación.

—¿Qué eres? —le pregunté.

Dancaire miró al perro con tristeza, como si lamentara no poder tocarlo, y después clavó sus ojos en mí. Si me lo estaba imaginando, ¿por qué parecía tan real? Casi podía percibir su aroma, ese que tanto me recordaba a casa, y sentir la tristeza que había dentro de sus ojos.

—No tenemos mucho tiempo —me dijo—. He venido para llevarte hasta el tesoro de los ángeles, tienes que confiar en mí.

Entorné los ojos con desconfianza y, al volver a clavarlos en la sangre de la alberca, lo vi. Una pequeña ondulación. Un movimiento en el fondo que provocó una leve onda en la superficie. Había algo nadando en su interior.

—¡Carmen, cuidado! —me gritó Dancaire.

Unas garras rompieron la superficie de sangre y me agarraron la muñeca izquierda con una fuerza sobrehumana. Grité, intenté zafarme, pero los dedos empapados de rojo me apretaron con tanta fuerza que no lo conseguí.

—¡Suéltame! —gruñí—. ¡Suéltame, maldita!

La criatura, sin embargo, no aflojó las garras. Al contrario, tiró de mí con más fuerza, intentando llevarme con ella. Pan comenzó a ladrar.

—¡Carmen! —insistió Dancaire—. ¡Corintios 16:13: «manteneos alerta, permaneced firmes en la fe, sed valientes y fuertes»!

Algo dentro de mí encajó de repente, como si acabara de encontrar una pieza que llevaba tiempo perdida, y entonces lo entendí. Aunque aquel Dancaire solo fuera un delirio de mi propia mente, una creación fruto del miedo y la impotencia que me provocaba enfrentarme sola a los peligros de la Alhambra, tenía que aprovecharlo. Mi mentor estaba allí conmigo, dándome

aliento como cuando era una niña, instándome a continuar. Y eso me hacía aún más fuerte.

Levanté la espada de Miguel y, sin dudarle un segundo, le corté la mano a la criatura. Era la primera vez que usaba aquella arma para atacar a un enemigo, la primera vez que la sentía mía. Y, para mi sorpresa, respondió a la perfección.

El filo de caelestum cercenó la carne con una sorprendente facilidad, y el miembro mutilado cayó en el interior de la alberca haciendo un ruido sordo. La criatura soltó un grito de dolor que se me clavó en los oídos y se desvaneció en el fondo como un pez herido.

—Estoy bien —le dije a Pan, que se había acercado hasta mí cuando, con la respiración entrecortada, me aparté de la pileta—. Estoy bien.

—Tenemos que marcharnos —me advirtió Dancaire.

Pero era demasiado tarde.

De la sangre de la alberca comenzaron a emerger criaturas que se movían como si tuvieran todos los huesos rotos, como si su mera existencia fuese dolorosa. Primero sacaron las garras, clavándolas en la tierra para impulsarse, después la cabeza y el resto del cuerpo. Parecían humanas, pero todo en ellas indicaba que no lo eran, que provenían del más cruel de los infiernos: los ángulos imposibles de sus miembros, las zarpas de sus manos, los ojos negros.

—Joder. Son demasiadas.

—¡Carmen, corre! —me ordenó Dancaire—. ¡Yo te indicaré el camino!

¿Correr? No, desde luego que no. No pensaba huir como un animalillo asustado. Si aquellas criaturas del Infierno querían luchar, lucharía. Yo ya no era la Carmen que él recordaba, la Carmen incapaz de controlar su gracia.

—No voy a correr. He derrotado yo sola a señores del Infierno, puedo vencerlas sin problema.

—¡No hagas tonterías!

Me puse en pie y dejé que el caelestum de Apocalipsis me llenara de fuerza. Así, mientras sentía su cálido poder, alcé los brazos y me obligué a recordar los besos de Aleph, los abrazos de mis primas, el cariño incondicional de Joaquín.

Y después, exploté.

Mis tatuajes destellaron con una luz cegadora que, durante unos segundos, convirtió el palacio maldito en una estrella candente. La energía fluía desde la espada y se metía en mis venas, iluminando las marcas que la gracia de los ángeles tatuaba en mi piel.

Aunque ese Dancaire no fuera real, algo dentro de mí me empujaba a mostrarle en qué me había convertido. Quería que se diera cuenta de que todos nuestros años de entrenamiento habían dado sus frutos, de que por fin había descubierto el poder de la fe, la esperanza y el amor. De que podía estar orgulloso de mí. Quería que supiera que no se había equivocado conmigo.

Por eso brillé, brillé con fuerza hasta que las piernas empezaron a temblarme. Cuando ya no pude más, bajé los brazos y apagué mi gracia.

Con la respiración entrecortada, cansada del esfuerzo al que acababa de someterme, alcé la cabeza para observar a las criaturas. Estaban todas tiradas en el suelo, sus cuerpos empapados en sangre y cubiertos de quemaduras de oro, sin vida. Esboqué una sonrisa, satisfecha, hasta que la superficie roja de la alberca vibró de nuevo. Un segundo después, comenzaron a salir más monstruos. Y más. Y más.

—¡Te he dicho que corrieras! —me gritó Dancaire—. ¡Vete ahora mismo!

Esta vez, sin pensarlo dos veces, le hice caso. Pan, con el rabo entre las piernas, me siguió.

Y las criaturas también.

—Sigue hacia delante —me dijo Dancaire mientras corría. ¿Dónde estaba? No lo sabía. No podía verlo y, aun así, su voz me llegaba clara, como si estuviera a mi lado, silenciando los gruñidos

de los monstruos que me perseguían—. Tienes que llegar hasta el Patio de los Leones.

No entendía del todo lo que me estaba diciendo, ni siquiera sabía dónde estaba ese patio. No obstante, sus palabras parecían guiar mis pasos. Así, dejé atrás jardines llenos de iünas y árboles de color negro que parecían gritar mi nombre, salas abandonadas que pertenecían a una época de oro y sueños. Atravesé multitud de lugares hasta que, en uno de los pasillos, las criaturas me alcanzaron.

—¡Carmen! —exclamó un Dancaire invisible.

Unas zarpas afiladas me arañaron la espalda y me desgarraron la piel, haciéndome gritar. Tropecé y caí. En el suelo desvainé también la kinjara de Rafael. Pan ladró. Aunque me temblaban las piernas por culpa del dolor y lo veía todo rojo, no me detuve. Aferre con fuerza tanto la espada como la daga e, intentando no pensar en la sangre que me empapaba la espalda, me puse en pie de nuevo.

Al girarme hacia las criaturas, una de ellas me lanzó una dentellada despiadada. Su boca era excesivamente grande, como la de una serpiente monstruosa, pero Pan saltó a tiempo y le mordió el brazo. Cuando otra se abalanzó sobre mí soltando un grito de ultratumba, le clavé la kinjara en el cuello. Su sangre me bañó, y eso me dio más fuerzas para seguir luchando.

—¡Volved todas al maldito Infierno! —gruñí.

Con un morbosos placer, continué bajando la daga por el cuerpo de la criatura, abriéndolo en dos, y mis tatuajes emitieron un destello. Era tan fácil cortar su carne con el caelestum que mis manos se deslizaban solas. Y lo disfruté.

Cuando la criatura se desplomó con el cuerpo abierto en canal, miré a las demás. Tenía una advertencia en los ojos y una amenaza en la sonrisa.

—Vamos —las incité. El dolor de la espalda me hacía temblar—. ¿Quién quiere ser la siguiente?

Las criaturas sisearon, furiosas, pero cuando una de ellas intentó avanzar, mis armas la hicieron retroceder. Aunque me supe-

raban en número, no tenían nada que hacer contra mí. Los ángeles me habían elegido para acabar con la oscuridad.

—Continúa, Carmen —me pidió Dancaire—. Ya estás muy cerca.

Continuar. Eso era lo que tenía que hacer. Por mucho que mi cuerpo pidiera sangre a gritos, por mucho que quisiera acabar con todos aquellos monstruos, mi misión en el palacio maldito era encontrar el tesoro de los ángeles. No podía entretenerme.

Comencé a caminar hacia atrás sin apartar la vista de las criaturas que me acechaban, ignorando los pinchazos de dolor que cada paso me provocaba en la espalda. Pan, con el hocico manchado de sangre, soltó el brazo destrozado de su presa y me siguió. Ellas, aunque sisearon, no se atrevieron a detenernos.

Abandoné el pasillo sin dejar de vigilarlas. Al salir al patio abierto, huyeron. Me quedé quieta unos segundos, intentando comprenderlas. ¿Por qué, de repente, me dejaban sola? ¿Acaso sabían que algo mucho más peligroso estaba en camino? El estómago me dio un vuelco y, con todos los sentidos alerta, giré sobre mí misma.

Pero allí no había nada.

El patio tenía forma rectangular y estaba rodeado de galerías porticadas con multitud de columnas de mármol que daban paso a tres estancias distintas. Una a la derecha, otra a la izquierda, otra frente a mí. El aire olía a muerte, como si aquel lugar llevara siglos lidiando con el dolor, pero también a algo familiar que no supe reconocer y que, por alguna razón, me recordaba a casa. Lo único que se escuchaba era el líquido que brotaba de la fuente que gobernaba el centro del patio; una fuente cuyos surtidores tenían forma de león.

—El Patio de los Leones —musité, recordando las palabras de Dancaire.

«Doce —conté—. Son doce leones». Pan se acercó a olfatearlos, y yo observé con atención la pila de mármol que sostenían. Al igual que la alberca de la que habían salido las criaturas, estaba lle-

na de sangre. El líquido rojo salía de la boca de los leones, que caía hasta unos finos canales que atravesaban el patio de lado a lado, como si la fuente fuera un corazón que bombeaba sangre al palacio.

—Carmen.

Dancaire volvía a ser visible y estaba frente a mí como si no hubiera desaparecido en ningún momento. El dolor de su mirada se mezclaba ahora con un brillo de orgullo que me hizo olvidar mi espalda desgarrada.

—Siempre supe lo poderosa que eras —confesó, sus ojos marrones clavados en los tatuajes de mi rostro—. Siempre.

Quería decirle tantas cosas, tantas, que las palabras se me atascaron en la garganta. Aquel Dancaire no estaba allí de verdad, pero saberlo no hacía que tuviera menos ganas de abrazarlo, de decirle que lo sentía. Quería prometerle que pronto, muy pronto, estaríamos juntos de nuevo.

—Tenías razón —le dije con un hilo de voz—. El amor es más fuerte que el odio. Solo entregándome a él he sido capaz de desbloquear mi poder. Tenías razón en todo.

Dancaire sonrió sin dejar de mirarme a los ojos y levantó la mano derecha. Envainé las armas y, aunque sabía que no era real, no pude reprimir el impulso de cogérsela. Sin embargo, al igual que le había pasado a Pan, ni siquiera pude rozarlo. Mis dedos traspasaron los suyos como si estuvieran hechos de aire.

—No tenemos mucho tiempo —me advirtió, apartando la mano con la triste pesadez de la derrota—. Tus primas están encerradas en el Alcázar y tienes que encontrar el tesoro cuanto antes.

—¿Están bien? —le pregunté, aferrándome a la esperanza de que una ilusión me dijera las palabras que necesitaba oír—. ¿Estáis todos bien?

Dancaire asintió en silencio y después apretó los labios. Tuve la sensación de que el color de sus ojos se oscurecía, como si la pena que los empañaba se le estuviera clavando muy adentro.

—Ellas están bien, Carmen, pero tienes que darte prisa.

Sí, tenía razón. Tenía que darme prisa. Ya casi no percibía el brillo que emitía la piel de mi mentor, y los pálidos contornos de su cuerpo se difuminaban poco a poco. El tiempo se me escapaba de entre los dedos. La herida de mi espalda no dejaba de sangrar. Tampoco sabía cuánto resistiría mi familia, cuánto podría entrete-
tener Aleph a Luzbel.

—Tengo una última pregunta —le dije a Dancaire. Tenía la horrible y absurda sensación de que, si me callaba, jamás volvería a hablar con él—. ¿Cómo sabías que tenía que venir a este patio? Me dijiste... me dijiste que no sabías nada sobre el tesoro de los ángeles.

Dancaire esbozó una sonrisa divertida, la misma que se le dibujaba en el rostro cuando, siendo una niña, lo acribillaba a preguntas. Una mano congelada me estrujó las entrañas. Lo echaba tanto de menos que el dolor se hacía insoportable.

—Eso no importa ahora, Carmen. Lo único de lo que tienes que preocuparte es de encontrarlo.

—Pero ¿qué es en realidad? ¿Un arma? ¿Un cofre?

—Descúbrelo tú misma. Te está esperando.

¿Esperándome? ¿El tesoro? Parpadeé un par de veces y Dancaire señaló la entrada que quedaba justo a mi derecha. Tras las columnas de la galería se abría un arco que, decorado con unas bellas yeserías, daba acceso a una estancia que quedaba en penumbra.

—Cuando salgas de la Alhambra —dijo Dancaire—, ve con los Guardianes. Confía en mi hermano, él sabrá qué hacer.

Estaba claro que aquel Dancaire tenía que ser una alucinación, porque el de verdad no sabía que los Guardianes estaban vivos. El de verdad no tenía ni idea de que su hermano, el Tuerto, había sobrevivido tras la llegada de los demonios a Córdoba.

—¿Querrán que vaya con ellos? —inquirí—. Tú no lo sabes, pero en Córdoba... los abandoné.

—Te perdonarán en cuanto les digas que has encontrado el tesoro de los ángeles. Confía en mí.

Asentí incapaz de seguir hablando. Me giré hacia la entrada que Dancaire me había señalado. Sus palabras de aliento me habían hecho sentir mejor, pero aun así estaba nerviosa.

—Carmen —me llamó Dancaire, obligándome a mirarlo de nuevo—. Te quiero, mi niña de fuego. Mi pequeña guerrera. Tu padre... tu padre estaría orgulloso de ti.

El nudo de la garganta se hizo más grande y me pregunté si, después de tantos años, sería capaz de llorar. Aunque no lo había hecho desde la muerte de mis padres, en ese preciso instante volví a sentir la incómoda presión en el pecho que precedía a las lágrimas. Sabía que aquel Dancaire falso solo me estaba diciendo lo que quería oír, las palabras que llevaba años necesitando, pero no pude evitar que mis tatuajes, borrachos de amor, emitieran un destello de oro.

Cerré los ojos y, por primera vez, le abrí mi corazón.

—Yo también te quiero —susurré.

Cuando volví a mirar a Dancaire ya había desaparecido. Sentía mi poder ardiéndome en las venas, los tatuajes quemándome la piel, el amor desbordándome por los cuatro costados. No había un solo enemigo que pudiera vencerme cuando tenía el cariño de Dancaire, el de Aleph, el de mis primas.

Miré a Pan, que observaba con tristeza el lugar en el que, hasta hacía un segundo, había estado mi mentor, y después comencé a caminar. Tuve que apretar los dientes para tragarme el dolor de la espalda, para ignorar el escozor de la herida abierta que todavía recordaba las garras de la criatura. El perro, tras soltar un quejido lastimero, me siguió.

Cruzamos el patio en silencio y, cuando pasamos bajo el arco, desenvainé la espada de Miguel.

Frente a mí se abría una pequeña sala de altos techos sumida en la oscuridad, una sala en la que el tiempo parecía haberse congelado. Lo único que podía ver con claridad, gracias a la luz dorada que emitía mi piel, era una pequeña pila de mármol que vomitaba sangre en el centro. Su sonido rebotaba en los altos techos, en

las inscripciones de las paredes, en los dibujos de la cerámica de los zócalos.

Avancé con sigilo por el mármol del suelo. Cuando me di cuenta de que al fondo de la estancia había tres figuras encapuchadas, me detuve de golpe.

—Caaarmeeen... —susurró el aire.

El caelestum de Apocalipsis comenzó a vibrar en mi mano, como despertándose de un largo sueño, y yo sentí una descarga de energía recorriéndome los brazos. ¿Quiénes eran esos tres encapuchados? ¿Y por qué no me atacaban? Lo único que podía ver de sus cuerpos bajo la tela eran los pies, en cuyos tobillos brillaban unas finas cadenas de oro.

Uno de ellos, el que estaba en el centro, levantó con lentitud la mano derecha y, al instante, dos bolas de fuego comenzaron a arder en lo alto, sobre nuestras cabezas, iluminando la estancia al completo. La luz hizo nacer bellas sombras sobre las paredes, telarañas de oscuridad que danzaban sin descanso y nos acechaban. Pan, que se había quedado muy quieto a mi lado, alzó la cabeza con curiosidad.

—Bienvenida, Carmen —me dijo el encapuchado que estaba en el centro, con la mano aún alzada. Su voz era mucho más dulce y humana que la de un demonio—. Te estábamos esperando.

—¿Quiénes sois? —pregunté sin bajar las armas.

Los encapuchados guardaron silencio y descubrieron su rostro a la vez. Durante unos segundos, durante los míseros instantes que tardaron en apartarse la tela de la cara, me imaginé cientos de posibilidades: monstruos, el mismísimo Luzbel, Yud y los mata-dores.

Sin embargo, nada, absolutamente nada, me habría preparado para lo que vi.

Frente a mí se revelaron tres de los rostros más hermosos que había visto jamás, tres rostros tan perfectos que, a su lado, hasta los señores del Infierno parecían rudos y mediocres. El que quedaba a mi izquierda tenía la piel oscura, los ojos almendrados y los

labios gruesos; el de la derecha, que parecía creado a base de fuego y tierra, unos atractivos rasgos angulosos. El del centro, cuya piel era tan pálida como las perlas, tenía el pelo rubio y ondulado, la nariz recta. Todos ellos tenían los ojos blancos, cubiertos con un velo lechoso y opaco, pero aun así me estaban mirando. Me estaban *viendo*.

—No tengas miedo —me dijo el de la izquierda, el fuego brillando en la piel de su rostro.

¿Miedo? No tenía miedo. Por alguna razón, lo único que sentía era... familiaridad. Había algo en aquellos desconocidos que me hacía confiar. Al mirarlos, en mi estómago germinaba el mismo cosquilleo que cuando tocaba las armas de caelestum; la misma calidez que cuando los tatuajes de oro me estallaban en la piel.

—¿Quiénes sois? —repetí, esta vez bajando ligeramente las armas.

—Has recorrido un largo camino para llegar hasta aquí —me explicó el que estaba en el centro—, pero ninguno de tus pasos ha sido culpa del azar. Nosotros te hemos guiado.

—Desde vuestras gracias hasta las armas de caelestum —continuó el de la izquierda—, todo formaba parte de nuestro plan. Tenías que acabar aquí, en este lugar, y has cumplido con tu destino.

—¿Mi destino? —pregunté, confusa—. He venido hasta aquí por el tesoro de los ángeles, y no pienso marcharme hasta encontrarlo.

—Carmen —me dijo el de la derecha—. Ya lo has encontrado.

¿Qué?

Cuando los desconocidos se desabrocharon las capas, dejándolas caer al suelo con elegancia, me quedé sin respiración. Aunque sus cuerpos eran humanos, vestidos con unas raídas y sucias túnicas doradas, de la espalda, tan grandes e imponentes como siempre me las había imaginado, les salían unas hermosas alas blancas.

Caí de rodillas ante ellos, atónita, y entonces lo comprendí todo: Luzbel obsesionado con proteger la Alhambra, los demonios condenados en la Tierra, nuestras gracias.

El Cielo había caído tras la guerra, sí, pero el Infierno nunca había ganado.

Porque, al contrario de lo que llevaba creyendo toda mi vida, aún quedaban ángeles vivos.